

Majestad,

Sr. Secretario de Estado de Cooperación internacional y para Iberoamérica,

Sr. Presidente de Patrimonio Nacional,

Sra. D^a. Ida Vitale,

Autoridades, miembros del jurado del premio Reina Sofía de poesía iberoamericana,

Queridos amigos de la Universidad de Salamanca,

Señoras y señores:

Ya había escrito mi discurso cuando supe lo sucedido en París el pasado viernes. La relación de víctimas da cuenta de que en nuestro mundo las fronteras se van diluyendo: víctimas que nacieron en un país pero tienen otra nacionalidad, o tienen una doble nacionalidad, son el ejemplo de aquello contra lo que se atentó en París. Mataron a ciudadanos pero, de hecho, atentaban contra la idea misma de ciudadanía, contra la fraternidad de personas libres e iguales, contra ese sueño que nació con la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 y que no podrán arrancar.

Volviendo al acto que nos ocupa, a la entrega del vigésimo cuarto de los premios “Reina Sofía de poesía iberoamericana” que orlan la poética de Iberoamérica, les confieso que reiteradamente trato de acercarme a la poesía de quienes reciben este premio buscando salvar esa distancia arbitraria que se ha establecido entre las llamadas ciencias y letras. Como no soy especialista en literatura, lo hago buscando en la obra de los premiados algún rastro, si quiera tenue, de lo que ha sido y es mi pasión vital y durante años también mi principal ocupación profesional; lo hago así con una actitud que no puede ser más española por cuanto se resume en la omnipresente pregunta: *¿Qué hay de lo mío?* Este año la primera impresión no podía ser mejor: una poeta que ha publicado un libro llamado *Reducción del infinito*,

en el que se recogen poemas con títulos como *Sumas*, *Ecuación* o *El cuadrado de la distancia*. La impresión pareció convertirse en certeza cuando vi un poema llamado *Geómetra* y me dije: *Definitivamente, Ida Vitale es de los nuestros*. Pero se apagó mi euforia al observar que el protagonista del poema es ¡un gusano!

Tengo que reconocer que a veces los geómetras podemos ser vistos como seres muy peculiares, pero ¿gusanos? Renuncio a defenderme por mí mismo y recurro a Shylock, el judío de Venecia, para que le pregunte, señora Vitale: *“Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no nos reímos?, Si nos envenenáis, ¿no nos morimos?”*¹

Y, sin embargo, no puede negarse que su gusano es geómetra, porque mide su camino. Quizá, por serlo de verdad, se pregunta además con qué medida está calculando, si está describiendo una curva aunque, pegados los ojos al camino, le pueda parecer recta. Esa percepción intrínseca del espacio, sin referencia a factores externos y ambientales, está en la base de muchas geometrías así como de algunas de sus encarnaciones más conocidas, como la relatividad general; en boca de Kepler, *ubi materia, ibi geometria*.

Espero que sepan disculparme por esta broma gremial; pero precisamente lo gremial viene muy al hilo de lo que quiero contarles.

La Universidad de Salamanca fue la primera del mundo en utilizar el nombre *Universidad*. Hasta entonces se llamaba *Studium Generale* y a partir de 1254 se fue extendiendo este nombre que, inicialmente, hacía referencia a *Universitas Magistrorum et Scholarium*, es decir, al universo de profesores y estudiantes. Esta era una manera habitual de llamar a los gremios. Pero en nuestra mente un gremio es precisamente una corporación de intereses muy particulares y concretos, y podemos preguntarnos por qué nuestro gremio entre todos acaparó como propio y exclusivo el nombre de *Universidad*. Yo diría que porque, de algún modo, lo vinculamos a un conocimiento universal.

¹ *El mercader de Venecia* acto III, escena I

Y universal en el sentido más absoluto del término: un conocimiento compartible por todos sin limitaciones de fronteras o culturas y un conocimiento de todas las ramas del saber que se constituyan con criterios de rigor y objetividad.

Por eso pedía perdón por mi arrebatado gremial, porque es lo menos universitario que pueda imaginarse. El conocimiento se ha hecho tan extenso que es imposible de abarcar para una sola persona. Se ha ido dividiendo y especializando. Pero esas divisiones no son la consecuencia de la propia naturaleza del conocimiento, sino de nuestras limitaciones. La primera de ellas es, desde luego, la que separa las llamadas ciencias y las letras. Creo que todos nacimos para ser Leonardo da Vinci; seguramente nunca llegaremos, pero nunca cejaremos. Posiblemente yo hubiera sido feliz siendo director de ópera y puedo ver por su obra que hay en usted una potencialmente extraordinaria ornitóloga o botánica. En un sentido no tan cruel y sin querer ser melodramático, usted y yo somos como los Juan López y John Ward de aquel relato de Borges². Argentino y británico, habitantes de un tiempo extraño en un planeta parcelado en países provistos *de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos*. López y Ward, que tuvieron la desgracia de verse una sola vez en unas *islas demasiado famosas*.

Decía que las divisiones del conocimiento no provienen de su naturaleza, sino de nuestra limitación. Las fronteras no las erige nuestra identidad, sino que son la más precisa delimitación de los contornos de nuestros miedos. Las fronteras las levantan nuestras carencias, nuestra ignorancia, ignorancia tan profunda que no pocas veces ni siquiera somos conscientes del artificio que supone levantar, *inventar*, esas fronteras. Ya lo dijo mejor que yo un joven poeta español:

Por esa tierra abierta

² “Juan López y John Ward” de Jorge Luis Borges en: *Los Conjurados*. Madrid, 1985

en fronteras de papel
la sangre se despliega en banderas
pero el mapa
no es el territorio³

Veo señora Vitale, que la variedad de objetos en los que su mente se ha posado y la variedad de países en los que su cabeza ha reposado reducen al absurdo la idea de límites infranqueables. Y así he visto que las personas somos como esos arcos góticos. No importa a que distancia se levanten dos columnas, crezcan dos personas: siempre podrán curvarse, formar un arco, encontrarse en esa clave del arco, esa dovela que les sirve de punto de encuentro. Lo comprendí cuando en mis búsquedas gremiales fui a dar con ese poema titulado *La palabra infinito* que con su venia voy a recitar:

La palabra infinito es infinita,
la palabra misterio es misteriosa.
Ambas son infinitas, misteriosas.
Sílabas a sílabas intentas convocarlas
sin que una luz anuncie su dominio,
una sombra señale a qué distancia de ellas
está la opacidad en que te mueves.
Van a algún punto del resplandor y anidan,
cuando las dejas libres en el aire
esperando que un ala inexplicable
te lleve hasta su vuelo.
¿Es más que su sabor el gusto de la vida?

Dos rectas pueden tener infinitos puntos diferentes y cruzarse en uno solo compartido, dos columnas pueden crecer separadas y encontrarse en esa clave del arco. Y la vocación de un poeta y un matemático pueden converger

³ Bartolomé Nieto Munuera. "Patria". *La estirpe del aire*. Salobreña, 2014

en un poema como este. Pocas veces me he sentido tan reconocido como al leer:

Entiende lo incomprensible
y ámalo. Ocupa el revés del intento:
sé cardo, cuando llegaste como lana,
piedra, cuando, hilo de seda, flotarías.

Gracias a su poesía podemos creer que hemos conjurado el peligro y que no seremos Juan López y John Ward o, mejor, que les hemos regalado otro final que algún día ellos se sentarán a charlar sobre el Quijote y Conrad. Sabemos que compartimos humanidad, la misma ansia de saber, la misma curiosidad, y sabemos con certeza que cualquier límite o frontera que nos quieran trazar es una falsedad, porque el infinito es infinito.

Muchas gracias.